

ésta encontraba ya hermoso á Mario. Pero como él no le hacia caso, le era indiferente. Sin embargo, ella observaba que poseía belleza varonil, que era seductor el timbre de su voz cuando le oía hablar con sus compañeros, que andaba mal, pero con gracia especial; que no le parecía tonto, que su aspecto era noble, afable, altivo.

El día que sus ojos se encontraron y se dijeron por fin bruscamente las primeras cosas oscuras é inefables que balbucea una mirada, Cosette no las comprendió en seguida. Entró pensativa en la casa de la calle del Oeste, á la que Juan Valjean habia ido á pasar seis semanas.

Al día siguiente, al despertar, pensó en el jóven desconocido, al que tanto tiempo fué ella indiferente y que parecia que ahora se fijaba en ella, sin creer que le pudiera ser agradable. Sentia quizás algo de cólera contra aquel jóven lindo y desdeñoso. Moviése en su interior un principio de guerra. Creyó que al fin iba á vengarse y experimentó alegría infantil. Al creerse hermosa conoció vagamente que poseía un arma. Las mujeres juegan con su belleza como los niños con un cuchillo y se hieren.

Recuérdense las vacilaciones de Mario, sus palpitations y sus temores. Se quedaba en su banco sin acercarse á Cosette, y esto la enojaba.

Un día la jóven dijo á Juan Valjean:

—Padre, paseemos un poco por este lado.

Viendo que Mario no iba hácia ella, fué ella hácia él. En semejante caso todas las mujeres se parecen á Mahoma. Además, es muy extraño que el primer síntoma del amor en la mujer sea la timidez y en la niña el atrevimiento; esto, que asombra, es, sin embargo, muy sencillo. Son los dos sexos que tratan de aproximarse y toman cada uno las cualidades del otro.

Aquel día la mirada de Cosette volvió loco á Mario y la de Mario dejó temblorosa á Cosette. Mario se fué contento; Cosette inquieta. Desde aquel día se amaron.

Lo primero que experimentó Cosette fué cierta tristeza confusa y profunda; le parecia que desde aquel día al siguiente su alma se habia vuelto negra: ella misma no la conocia ya.

La blancura del alma de las jóvenes, que la componen la frialdad y la alegría, se parece á la nieve: la deshace el amor, esto es, el sol.

Cosette no sabia lo que era el amor; jamás oyó pronunciar esta palabra en su sentido terrestre. En los libros de música profana que entraban en el convento reemplazaban la palabra *amor* con la palabra *tambor*; pero Cosette salió del convento siendo aun muy niña para haber pensado mucho en el *tambor*. No sabia, pues, qué nombre dar á lo que sentia. ¿Se está acaso menos enfermos por ignorar el nombre de la enfermedad?

Amaba con más pasión porque amaba con ignorancia; no sabia si amar era bueno ó malo, útil ó peligroso, necesario ó accidental, eterno ó pasajero, lícito ó prohibido; amaba. Hubiérase asombrado si la hubieran dicho: No dormís? Pues eso está prohibido.—No comeis? Pues eso es muy malo.—¿Teneis opresion y latidos de corazon? Pues eso no se hace.—¿Os ruborizais, palideceis cuando un jóven vestido de negro aparece en el extremo de cierta calle de árboles? ¡Pues eso es abominable! Seguramente no comprenderia á la persona que así la hablara, y la responderia:

—¿Cómo he de tener culpa de una cosa involuntaria y que desconozco?

La clase de amor que sentia era precisamente el que más convenia al estado de su alma. Era la adoracion á cierta distancia, la contemplacion muda, la deificacion de un desconocido; la aparicion de la adolescencia á la adolescencia, el sueño de las noches convertido en novela y permaneciendo sueño; el fantasma deseado adquiriendo realidad y carne, pero sin nombre aun, sin culpa, sin mancha, exigencia ni defecto; en una palabra, el amante lejano envuelto en lo ideal, una quimera con forma.

Cualquier otro encuentro más palpable y más próximo hubiera asustado á Cosette en aquella época, en que estaba aun casi sumergida en bruma espesa del convento. Tenia mezclados los temores del niño con los miedos de las religiosas. El espíritu del convento, que la habia penetrado por espacio de cinco años, se evaporaba de ella lentamente y hacia que todo temblase á su alrededor; en su estado, lo que necesitaba no era un amante ni un sér enamorado, sino una vision. Principió á querer á Mario como á cosa bella, luminosa é imposible.

Como la extrema sencillez se toca con la extrema coquetería, dirigia á Mario sonrisas francas.

Esperaba todos los dias impaciente la hora del paseo; al encontrar á Mario sentia indecible felicidad y creia expresar

sinceramente todo su pensamiento con solo decir á Juan Valjean:

—¡Qué jardin tan delicioso es el Luxemburgo!

Mario y Cosette estaban en la oscuridad uno para el otro. No se hablaban, no se saludaban, no se conocian; se veian nada más: como los astros que están separados por millones de leguas, vivian de mirarse.

De este modo la niña Cosette iba transformándose en mujer y desarrollándose hermosa y enamorada, con la conciencia de su beldad y en la ignorancia de su amor.

VII.

A tristeza, tristeza y media.

Todas las situaciones tienen sus ins- tintos. La madre naturaleza advertia sordamente á Juan Valjean la presencia de Mario, y Juan Valjean se estremecia en lo más oscuro de su pensamiento; nada sabia, nada veia, y sin embargo, contemplaba con terca atencion la oscuridad que le envolvía, como si sintiese en ella una cosa que se construía y otra que se derrumbaba. Mario, tambien advertido por la madre naturaleza, hacia cuanto podia por ocultarse á las miradas del padre. Pero Juan Valjean se apercebía algunas veces. Los ademanes de Mario no eran siempre naturales. Tenia accesos de prudencia míope y de temeridad simple; no se acercaba ya á ellos, como antes; se sentaba lejos y permanecia en éxtasis; en el libro que llevaba fingia leer; pero por qué lo fingia? Antes llevaba traje usado y viejo y despues flamante; no era fácil asegurar que no se rizase el pelo; sus miradas eran picarescas y gastaba guantes. Juan Valjean detestaba cordialmente á aquel jóven.

Cosette nada dejaba de adivinar. Sin saber con exactitud qué era lo que tenia, conocia que debia ocultar aquello á su padre.

Veia Juan Valjean, entre el gusto del tocador que habia adquirido Cosette y la costumbre del desconocido de llevar levita nueva, un paralelismo importuno. Quizás eso era pura casualidad, pero para el anciano era una casualidad amenazadora.

Jamás habia hablado á Cosette del desconocido. Un día, sin embargo, que no pudo contenerse, con la vaga deses-

peracion del que introduce la sonda en su desgracia, la dijo:

—¡Qué aire tan pedante tiene ese jóven!...

Cosette, un año atrás, es decir, cuando era niña indiferente, le hubiera contestado:—Al contrario, me parece un jóven simpático. Diez años despues, sintiendo amor por Mario, hubiera respondido:—Es un pedante insoportable! ¡Teneis razon!

Entonces se limitó á contestar con su preta calma:

—Ese jóven? como si le mirase por primera vez.

—Qué estúpido soy!... pensó para sí Juan Valjean; Cosette no se habia fijado aun en él y yo soy quien se lo enseño.

Es una ley de los frescos años de padecimientos y de cuidados, de esas vivas luchas del primer amor contra los primeros obstáculos, que la jóven no se deje coger en ningun lazo y el jóven caiga en todos. Juan Valjean habia empeñado contra Mario una guerra sorda, que éste, en la sublime estupidez de su pasión y de su edad, no adivinó. Juan Valjean le tendió varias emboscadas; cambió las horas, cambió de banco, olvidó el pañuelo, fué solo al Luxemburgo; Mario se enredó en todos estos lazos, y á todas las preguntas que Juan Valjean colocó en su camino, contestó:

—Sí.

Entre tanto Cosette seguia encerrada en su aparente indiferencia y en su imperturbable tranquilidad; tanto, que Juan Valjean dedujo esta conclusion:—“Ese necio está enamorado locamente de Cosette, pero ella ni siquiera sabe que él existe.”

No por eso era menor la agitacion de su corazon, porque de un instante á otro podia sonar la hora en que Cosette empezase á amar. ¿No empieza todo por la indiferencia?

Solo una vez Cosette cometió una falta que le asustó. Cuando Juan Valjean se levantó del banco para marcharse del paseo, despues que estuvieron sentados tres horas, la jóven le dijo:

—Tan pronto!

Juan Valjean no interrumpia los paseos al Luxemburgo por no obrar de un modo extraño y porque Cosette no lo notase; pero en aquellas horas tan agradables para los dos enamorados, mientras Cosette enviaba sus sonrisas á Mario y éste permanecia abstraído en todo, contemplando no más el semblante adorado, Juan Valjean miraba al descono-

cido con ojos chispeantes y terribles, y á pesar de haber llegado á creerse incapaz de ningun sentimiento malévoló, habia instantes que se creia que iba á ser otra vez salvaje y feroz y que volvian á abrirse contra aquel jóven las antiguas profundidades de su alma, que en tiempos ya lejanos habian abrigado tanta cólera. Le parecia que se volvian á formar en su corazon cráteres desconocidos.

Por qué estaba allí aquel jóven? ¿Por qué iba á aquel paseo? Qué buscaba? ¿Iba á matar el tiempo, á escudriñar, á probar? ¿Venía á dar vueltas alrededor de su vida, alrededor de su felicidad, para arrebatársela?

Juan Valjean añadia:—Sí, eso es. ¿Viene á buscar una aventura ó un amor verdadero? ¿Habré sido primero el hombre más miserable y despues el más desgraciado; habré pasado sesenta años padeciendo todo lo que se puede padecer; habré envejecido sin ser jóven; habré vivido sin familia, sin padres, sin mujer, sin hijos; me habré convertido en hombre bueno y honrado, arrepintiéndome y subsanando el mal que causé, para que al llegar el momento de recibir la recompensa, al llegar el momento de conseguir lo que deseo, pierda á Cosette, esto es, la vida, la alegría y la felicidad, porque á un advenedizo le ocurra venir todos los dias á pasear al Luxemburgo?

Pensando en esto, los ojos de Juan Valjean despedían claridad extraordinaria y lúgubre. No era el hombre que miraba á otro; era el hombre que miraba á su enemigo; un perro de presa que acechaba á un ladron.

Los lectores ya saben lo demás; Mario continuó siendo insensato. Un dia siguió á Cosette á la calle del Oeste; otro dia habló al portero, y el portero enteró á Juan Valjean, diciéndole:

—Un jóven curioso ha venido á preguntarte por vos.

Al dia siguiente el anciano dirigió al jóven la mirada que éste notó.

Ocho dias despues, Juan Valjean cambió de domicilio, prometiéndose no volver á poner los piés ni en el Luxemburgo ni en la calle del Oeste, instalándose en su casa de la calle Plumet.

Cosette no se quejó de esto, no preguntó nada, ni trató de saber el por qué; pasaba ya por el período en el que se teme ser descubiertos y vendidos. Juan Valjean no poseia la experiencia de estas miserias, las únicas agradables y las únicas que él no conocia; por eso no comprendió la grave significacion del

silencio de Cosette. Observó solo que ella estaba triste y se quedó sombrío. A una y á otro dominaba la inexperiencia.

Un dia quiso hacer una prueba y dijo á su ahijada:

—Quieres venir al Luxemburgo?

—Sí, contestó Cosette, cuyo rostro pálido se iluminó con un rayo de alegría.

Fueron al Luxemburgo; habian pasado tres meses y Mario no acudia ya al paseo; no estaba allí.

Al dia siguiente Juan Valjean volvió á preguntar á su ahijada:

—Quieres venir al Luxemburgo?

—No, respondió dulce y tristemente.

A Juan Valjean le conmovió su tristeza y le lastimó su dulzura.

¿Qué pasaba en aquel corazon tan jóven y ya tan impenetrable? ¿Qué transformacion se verificaba en él? Algunas noches Juan Valjean, en vez de acostarse, permanecía sentado cerca del lecho, con la cabeza entre las manos, y pasaba la noche preguntándose:—¿Qué es lo que piensa Cosette? y queria adivinar lo que ella pensaba.

En esos momentos dirigia dolorosas miradas hácia el claustro, hácia el jardin del convento, lleno de flores invisibles y de vírgenes encerradas, donde todos los perfumes y todas las almas ascendian directamente al cielo. Adoraba aquel Edén, perdido para siempre, del que salió voluntariamente y sin prevision.

Se lamentaba de su abnegacion y de la locura de haber vuelto á Cosette al mundo y de ser el pobre héroe del sacrificio cogido y derribado por su propio desinterés.—¿Qué es lo que he hecho? exclamaba.

Cosette ignoraba lo que sufría Juan Valjean, porque éste no le manifestaba peor humor ni mayor rudeza; le encontraba siempre con su aspecto sereno y bondadoso y sus modales eran respecto á ella más tiernos y más paternales que nunca; si algo pudiese hacer su falta de alegría, seria su mayor mansedumbre.

Cosette iba languideciendo de dia en dia. Padecia en la ausencia de Mario, como gozaba en su presencia, sin acertar á explicárselo. Cuando Juan Valjean dejó de llevarla al Luxemburgo, su instinto de mujer la murmuró confusamente en el fondo del corazon que si manifestaba indiferencia por dicho paseo, su padre la llevaria allí; pero pasaron los dias, las semanas y los meses. Juan Valjean habia aceptado tácitamente el consentimiento tácito de Cosette. Esta lo sintió, pero ya era tarde.

El dia que volvió al Luxemburgo, Mario ya no iba. Qué hacer entonces? ¿Dónde volver á encontrarle? Sintió opresion en el corazon, que nada podia disminuir y que iba en aumento de dia en dia. No supo ya si estaba en invierno ó en verano, si llovía ó hacia sol, si el Luxemburgo era más pintoresco que las Tullerías, si la ropa que devolvía la planchadora estaba bien ó mal planchada; se quedó abatida, absorta, concentrada en una sola idea, con la mirada vaga y fija, como cuando se mira en la oscuridad el sitio negro y profundo en el que se ha desvanecido una aparicion.

Pero tampoco dejó traslucir nada á Juan Valjean más que su palidez; continuó manifestándole cariñosa fisonomía. Sin embargo, su palidez bastaba para alarmar al anciano.

A veces le preguntaba:

—¿Qué tienes?

—No tengo nada, respondia ella.

Despues de un rato de silencio, como Cosette adivinaba la tristeza de Juan Valjean, le interrogaba tambien:

—Y vos, padre, qué teneis?

—Yo? nada, respondia éste.

Aquellos dos seres, que se habian querido exclusivamente con tan tierno amor y que vivieron durante tanto tiempo uno para otro, padecian ahora cada uno por su lado, uno por causa del otro, sin culparse recíprocamente y sonriendo.

VIII.

La cadena.

Juan Valjean era el más desgraciado de los dos, porque la juventud, en medio de sus pesares, conserva la alegría que le es propia. En ciertos momentos Juan Valjean tenia sufrimientos pueriles, que el dolor hace reaparecer muchas veces en el hombre la parte que retiene de niño. Comprendia de un modo claro que Cosette se le escapaba de las manos y deseaba luchar, conservarla y entusiasmarla con algo exterior y brillante.

Estos pensamientos que le atormentaban, pueriles y seniles á la vez, le sugirieron la noción, bastante justa, de la influencia que ejercen en la imaginacion de las jóvenes los olopeles.

Sucedióle una vez que vió pasar por la calle un general á caballo con uniforme de gala, que era el conde Contard, comandante general de Paris, y envidió á aquel hombre de traje tan dorado y tan resplandeciente; pensó en Cosette, si le

viera se quedaria deslumbrada; que si la diese el brazo y pasease con ella por delante de las Tullerías le presentarian las armas, y esto satisfaria á Cosette, hasta el punto de apartar de ella la idea de fijarse en los jóvenes.

Un acontecimiento inesperado vino á mezclarse con estos tristes pensamientos.

En el aislamiento en que moraban en la calle de Plumet solian algunas veces ir á ver salir el sol, de cuyo placer disfrutaban los que entran en la vida y los que salen de ella.

Pasear por la madrugada, para el que ama la soledad, equivale á pasear de noche con la alegría de la naturaleza; las calles están desiertas y los pájaros cantan. Cosette, como los pájaros, se despertaba muy temprano.

Estas excursiones matinales se preparaban la víspera; él proponia y ella aceptaba. Arreglábanlas como un complot; salian antes de amanecer y eran muy gratas para la jóven, porque estas extravagancias inocentes agradan á la juventud.

El flaco de Juan Valjean era, como ya sabemos, visitar los lugares desiertos y los rincones solitarios. Habia entonces en las cercanías de las afueras de Paris algunos campos pobres, casi confundidos con la ciudad, en los que brotaba en el verano raquítrico trigo, y en el otoño, despues de la recoleccion, no tenian el aspecto de campos segados, sino de campos yermos.

Juan Valjean los frecuentaba con predileccion y Cosette no lo sentia, porque el primero buscaba la soledad y la segunda la libertad. En dichos lugares Cosette se convertia en niña; podia correr y jugar; se quitaba el sombrero, le ponía sobre las rodillas de Juan Valjean y hacia ramilletes; seguía el vuelo y la parada de las mariposas en las flores, pero no las perseguía.

La mansedumbre y la ternura nacían con el amor, y la jóven que alimenta un ideal tembloroso y frágil tiene lástima de las alas de la mariposa.

Tejía guirnaldas de amapolas, se las ponía en la cabeza, las que, atravesadas, llenas de sol y purpúreas hasta la irradiacion, formaban sobre su rostro, fresco y rosado, una corona de áscuas.

Desde que se enseñoreó la tristeza del padre y de la hija, habian adoptado la costumbre de los paseos matinales.

Una mañana de Octubre, atraídos por la perfecta serenidad del otoño de 1831,

salieron y se encontraron al amanecer cerca del portillo del Maine. Rayaba apenas el momento delicioso y sombrío de asomar el alba; se veían algunas constelaciones esparcidas por el azul pálido y profundo; la tierra negra, el cielo blanco, las yerbecillas trémulas; por todas partes esparciéndose el misterioso sobreogimiento del crepúsculo.

Al Oriente, el Val-de-Grace destacaba en el horizonte, iluminado por claridad acerada, su oscura masa; el planeta Venus, deslumbrante, subía por detrás de la iglesia y parecía un alma saliendo de un edificio tenebroso.

En todas partes reinaba la calma y el silencio; la calzada estaba solitaria, y á lo lejos se distinguían vagamente algunos obreros que iban á trabajar.

Juan Valjean se sentó en una estrecha calle de árboles y sobre unos maderos que había en la puerta de la casa de un carpintero. Miraba hácia el camino y volvía las espaldas al Oriente, olvidándose de que iba á aparecer el sol: se sumergía en una de esas absorciones profundas en las que nos concentramos, que aprisionan hasta las miradas y que equivalen al encierro entre cuatro paredes. Hay meditaciones que pueden llamarse verticales, en las que, cuando hemos llegado al fondo, necesitamos algún tiempo para volver á subir á la superficie.

Juan Valjean había descendido al fondo de una de ellas.

Pensaba en Cosette, en que era posible la felicidad para él si no se interponía un extraño entre ambos, y era casi feliz ensimismándose en esta meditación.

La jóven, de pié al lado del anciano, observaba cómo las nubes iban adquiriendo color de rosa.

De repente exclamó:

—Padre, me parece que viene algo por allí.

Juan Valjean levantó la vista.

Cosette tenía razón.

La calzada que conduce al antiguo portillo del Maine es una prolongación de la calle de Sevres y está cortada en ángulo recto por el boulevard interior. En el ángulo mismo de la calzada y del boulevard, en el sitio en que se unen las dos vías, se oía un ruido difícil de explicar á aquella hora y se distinguía una especie de grupo confuso. Del boulevard salía una cosa informe y entraba en la calzada.

Aquel grupo iba haciéndose más grande y parecía moverse con orden; parecía

un carruaje, pero no podía divisarse su carga. Se veían caballos, ruedas; se oían gritos; chasqueaba el látigo.

Poco á poco fueron marcándose contornos, aunque borrosos á causa de la oscuridad.

Efectivamente, era un carro que acababa de volver la esquina del boulevard y que se dirigía hácia la barrera, cerca de la cual estaba Juan Valjean. Otro carro del mismo aspecto seguía al primero, despues otro y otro, y así desembocaron sucesivamente hasta siete, tan juntos, que las cabezas de los caballos tocaban siempre la trasera del carro á que seguían. Dentro de las carretas se agitaban algunas sombras. Veíanse reducir en la oscuridad algunas chispas como si brillasen sables desnudos; se oía el férreo sonido de mover cadenas; á medida que todo aquello avanzaba crecía el ruido de voces; aquello era formidable como si saliera de la caverna de los sueños.

Al aproximarse aquel fenómeno adquirió forma y se bosquejó por entre los árboles con la vaguedad de una aparición; la luz del día, que clareaba poco á poco, derramaba pálida claridad sobre aquel hormiguero sepulcral y vivo á un mismo tiempo, y las cabezas de las sombras se convirtieron en semblantes cadavéricos. Juan Valjean vió lo siguiente:

Siete carretas en fila marchaban por el camino; las seis primeras eran de estructura singular; parecían carromatos de toneleros; eran una especie de escaleras de mano colocadas sobre dos ruedas y formando angarilla en su extremidad anterior; cada carromato, ó por mejor decir, cada escalera, iba tirada por cuatro caballos, uno tras otro. De estas escaleras pendían extraños racimos de hombres. Como aun era escasa la luz no se veían, se adivinaban. Iban veinticuatro en cada carreta, doce á cada lado, recostados unos sobre otros, de cara á los transeuntes y las piernas en el aire. Tenían en las espaldas una cosa que sonaba; era una cadena, y al cuello una cosa que brillaba; era una argolla. Cada uno llevaba su argolla, pero la cadena era de todos; de modo que cuando los veinticuatro hombres tenían que bajar del carro y andar, los encadenaba una especie de unidad inexorable y serpenteaban en tierra, teniendo la cadena por vértebra como un miriápodo. Delante y detrás de cada carreta iban derechos dos hombres armados con fusiles, que sujetaban con los piés uno de los extremos

de la cadena. Las argollas eran cuadradas.

La séptima carreta era un furgon con barandilla de estacas, pero sin toldo; era de cuatro ruedas y la arrastraban seis caballos; conducía ruidoso monton de calderos, de marmitas de metal, de estufas y de cadenas, y entre estos objetos se veían algunos hombres atados y tendidos á lo largo; parecían enfermos. Guardaban el furgon descubierto cañizos viejos.

Las carretas ocupaban el centro del camino.

A ambos lados de ellas marchaban en doble fila guardias de infame aspecto con tricornios chatos, como los de los soldados del Directorio; súcios, rotos, tapujados con uniformes de inválidos y con pantalones de sepultureros, casi hechos pedazos, con charreteras encarnadas, correas amarillas, machetes, fusiles y varas; eran una especie de soldados-galopos. Su aspecto participaba de la abyección del mendigo y de la autoridad del verdugo. El que parecía jefe llevaba en la mano látigo de postillon. Todos estos detalles, que sombreaba la escasa luz, se recortaban con más claridad á medida que el día iba creciendo. A la cabeza y detrás del convoy iban gendarmes con sables desenvainados.

Era este tren tan largo, que al llegar á la barrera la primera carreta, estaba desembocando la última en el boulevard.

Una multitud, salida no se sabe de dónde y reunida en un instante, como se reúne en Paris, contemplaba apiñada el convoy desde un lado y otro de la calzada. Se oían en las callejuelas próximas los gritos de las gentes, que se llamaban unas á otras, y el ruido que producían los zuecos de los hortelanos que corrían á presenciar el espectáculo.

Los hombres amontonados en las carretas sufrían silenciosamente los vaivenes en los baches. El frío de la mañana daba lividez á sus fisonomías. Todos llevaban pantalones de lienzo y zuecos en los piés desnudos; el resto del traje dependía de la fantasía de la miseria. Sus arcos eran horriblemente heterogéneos, y nada hay tan fúnebre como un arlequin de andrajos. Unos gastaban sombreros sin copa, otros casquetes embreados, éstos horribles gorros de lana, aquellos chaquetas negras agujereadas por los codos; algunos llevaban sombreros de mujer, otros un canastillo; veíanse entre ellos pechos velludos, y al través

de los vestidos rotos se divisaban pinturas en la carne, templos del Amor, corazones con llamas, Cupidos. Descubriáanse también en la carne herpes y manchas de mal carácter. Dos ó tres tenían atada una cuerda de esparto á las traviesas del carro y les servía de estribo suspendido bajo ellos, en el que sostenían los piés. Uno se llevaba la mano á la boca y mordía algo parecido á una piedra negra; era que iba comiendo pan. En aquellos rostros solo había ojos secos y apagados, ó que brillaban con fulgor repugnante. La escolta juraba y maldecía; los encadenados no chistaban: de vez en cuando se oía el ruido de un varazo dado en las espaldas ó en la cabeza; algunas de aquellas bocas bostezaban; colgaban los piés, los hombros oscilaban, se chocaban las cabezas, los hierros crujían, las pupilas brillaban ferozmente, los puños se crispaban, ó abriéndose, caían inertes como las manos de un muerto. Detrás del convoy multitud de muchachos corría, riendo á carcajadas.

Aquella fila de carretas, fuese lo que fuese, era lúgubre. Al día siguiente, quizás dentro de una hora, podía caer espeso aguacero, y despues otro, y se calarian aquellos vestidos hechos pedazos, y si aquellos hombres se empapaban de lluvia ya no se secarían, y una vez helados ya no podrían entrar en calor; sus pantalones de lienzo se quedarían pegados á los huesos con el agua; el agua llenaría sus zapatos, los latigazos no podrían impedir el rechinar de los dientes, la cadena seguiría unciéndoles por el cuello y los piés seguirían en el aire. Imposible era no temblar al ver á humanas criaturas encadenadas de ese modo sin poder librarse de las nubes de otoño y entregadas á la lluvia, al huracán y á todas las fúrias del viento.

Las varas no respetaban ni á los enfermos, que yacían atados y sin movimiento en la séptima carreta, y que parecía que los habían echado en ella como sacos llenos de miseria.

De repente salió la luz deslumbradora del sol, pareciendo que prendía fuego á aquellas cabezas horribles. Desatáronse las lenguas y estalló un incendio de burlas, de juramentos y de canciones. La luz horizontal, extendiéndose á lo ancho, cortó en dos partes toda la fila, iluminando las cabezas y las espaldas y dejando los piés y las ruedas en la oscuridad.

Los pensamientos aparecieron en las fisonomías; aquel instante fué espanto-

so; se vieron demonios que se les había caído la careta y almas feroces completamente desnudas. Iluminada, aquella chusma pareció tenebrosa.

Algunos de los encadenados llevaban en la boca cañones de pluma y soplándolos arrojaban la miseria á la multitud y con preferencia á las mujeres. La aurora marcaba con la oscuridad de las sombras aquellos tristes perfiles; la miseria los hacia asquerosos á todos, y ofrecían un conjunto tan monstruoso, que pudiera decirse que cambiaba la claridad del sol en la luz de un relámpago.

La carreta que abría la marcha entonaba y salmodiaba á voz en grito, con huera jovialidad, el pot-pourri de Desaugiers titulado *La Vestal*, que entonces estaba en boga; los árboles temblaban lúgubrementemente, y en los paseos algunos curiosos escuchaban embobados los atrevidos cantares de aquellos espectros.

En el convoy se mezclaban todos los desastres como en un caos; allí se veían los viejos y adolescentes; cráneos calvos, barbas grises, monstruosidades cínicas, resignaciones esquivas, risas salvajes, actitudes insensatas, viejos con casquetes, cabezas jóvenes con tirabuzones en las sienes, rostros de muchachas, y por esto mismo horribles. En la primera carreta iba un negro, que acaso habría sido esclavo y podía comparar ambas cadenas. El aterrador nivel de la bajeza, la deshonra, había pasado por aquellas frentes; en su grado de abatimiento todos sufrían las últimas transformaciones en las últimas profundidades; la ignorancia convertida en imbecilidad, era para ellos lo mismo que la inteligencia convertida en desesperación.

No podía escogerse entre aquellos hombres; todos se presentaban á la vista como lo más escogido del cieno. El ordenador de aquella procesion inmunda no los había clasificado. Los atarian y aparearian confusamente con desorden alfabético y cargándolos al acaso en las carretas. Sin embargo, los horrores agrupados concluyen por producir una resultante; toda suma de desgraciados dá un total: de cada cadena salía un alma común y cada carreta tenía su fisonomía. La que seguía á la que cantaba, aullaba; la tercera mendigaba; una de ellas rechinaba los dientes, otra blasfemaba de Dios, y la última callaba como una tumba. Dante hubiera creído ver en marcha los siete círculos de su Infierno, pero la marcha siniestra de los condenados hacía el suplicio, no en el

formidable y fulgurante carro del Apocalipsis, sino en la sombría carreta de las gemonías.

Uno de los guardias, que llevaba un gancho en el extremo de la vara, meneaba de vez en cuando aquel monton de basura humana. Una vieja, que se destacaba entre la multitud, señalaba con el dedo los encadenados á un chiquillo de cinco años, y le decía:—¡Aprende, tuñante!

Como iban en aumento creciente los cantos y las blasfemias, el capitán de la escolta hizo sonar el látigo; al dar esta señal, una serie de fuertes varazos, que parecía una granizada, cayó sobre las siete carretas, y los que los sufrieron lanzaron un rugido, echando espuma de rabia, que redobló la algarazara de los pilluelos, que acudieron como una nube de moscas á posarse sobre aquellas llagas.

Juan Valjean lanzaba miradas espantosas; sus ojos se parecían al vidrio que reemplaza á la mirada en algunos desgraciados, inconsciente á la realidad y en la que brilla la reverberación del espanto y de la catástrofe. No contemplaba un espectáculo, padecía una vision. Quiso levantarse y huir, pero no pudo mover los piés. Muchas veces lo que contemplamos nos coge y nos sujeta. Permaneció, pues, en su sitio clavado, petrificado y estúpido, preguntándose en su angustia inexplicable qué era lo que significaba aquella persecucion sepulcral y de dónde había salido aquel pandemonium que le perseguía. De pronto se llevó la mano á la frente, como el que recuerda de repente, y se acordó de que aquel era efectivamente el itinerario, de que aquella vuelta se daba siempre para evitar el encuentro posible con las personas reales en el camino de Fontainebleau, y de que hacia treinta y cinco años había pasado también él por aquella barrera.

Cosette no estaba menos asustada, pero de distinta manera. No comprendía qué era lo que estaba mirando, pero le faltaba el aliento y no le parecía posible lo que veía.

Al fin exclamó:

—Padre, ¿qué son esos hombres que llevan en las carretas?

—Presidarios, le respondió el anciano.

—¿A dónde van?

—Al presidio.

En aquel instante volvieron á sonar los varazos, multiplicados por cien manos, mezclados con sablazos dados de

plano; la rabia de los látigos y de las varas encorvó á los presidiarios: de este suplicio resultó la obediencia repugnante y todos callaron, lanzando miradas de lobos encadenados.

Cosette temblaba de piés á cabeza.

—Padre, preguntó, esos son hombres?

—Algunas veces, le contestó Juan Valjean.

Aquel convoy era la cadena que salía de Bicetre antes del amanecer y se dirigía por el camino de Mans para evitar el de Fontainebleau, en donde estaba el rey. Semejante rodeo hacia durar el viaje tres ó cuatro días más, pero se prolongaba para ahorrar á las personas reales la vista del suplicio.

Juan Valjean volvió á casa con el corazón oprimido. Encuentros como ese son choques y el recuerdo que dejan parece un desquiciamiento. Por eso al volver con Cosette á la calle de Babilonia no notó que ésta le hizo otras preguntas sobre lo que acababa de ver; iba demasiado absorto en su abatimiento para oirla y para contestarla. Solo por la noche, cuando Cosette se separó de él para ir á acostarse, la oyó decir, casi en voz baja y como hablando consigo misma:

—Creo que si me encontrase un día cerca de uno de esos hombres, me moriría de pena al verle á mi lado.

Afortunadamente, hizo la casualidad que al día siguiente de la trágica mañana, y con motivo de una solemnidad oficial, hubiese fiesta en París; revista en el Campo de Marte, justas en el Sena, funciones en los teatros de los Campos Elíseos, fuegos artificiales en el Arco de la Estrella é iluminaciones por todas partes.

Juan Valjean, violentando sus costumbres, llevó á Cosette á dichas funciones con la idea de distraerla del recuerdo de la víspera y de borrar, con el alegre tumulto de París, la vision abominable que pasó el día anterior ante sus ojos aterrados.

La revista que se verificaba para solemnizar la fiesta hacia que fuese natural la circulación de uniformes, y Juan Valjean se puso el de guardia nacional, con el vago sentimiento interior del hombre que se esconde.

Le pareció que había conseguido el objeto que se propuso.

Cosette, que consideraba como obligación agradar á su padre, y que cualquier espectáculo era nuevo para ella, aceptó complacida aquella distraccion y presenció sonriendo las fiestas públicas.

De modo que Juan Valjean creyó desvanecida en ella la mala impresion del día anterior.

Algunos días despues, una mañana de sol radiante se encontraban ambos en la escalinata del jardín, cometiendo otra de las infracciones de la regla que parecía haberse impuesto Juan Valjean é infringiendo la costumbre que Cosette había adquirido de permanecer en su cuarto. Estaba la jóven de pié, con peinador, con el traje negligente de la mañana, que envuelve graciosamente á las jóvenes y que parece una nube sobre un astro; la daba el sol en la cara, sonrosada por haber dormido bien, y la observaba tiernamente su padre, conmovido, mientras ella deshojaba una margarita. Daba vueltas á la flor instintiva é inocentemente, sin sospechar que deshojar una margarita es deshojar un corazón.

Si existiese la cuarta Gracia y se llamase Melancolía, Cosette se hubiera parecido á esta Gracia.

Juan Valjean estaba fascinado contemplando los dedos de Cosette sobre la flor, olvidándose de todo en la irradiación que la jóven despedía. Cerca de ellos un pitirrojo piaba en las ramas; nubes blancas cruzaban el cielo con tanta alegría como si acabasen de dejarlas en libertad.

Cosette seguía con fijeza deshojando la flor; pero en aquel instante de encanto volvió de repente la cabeza con la delicada lentitud del cisne y preguntó á Juan Valjean:

—Padre, qué es el presidio?

LIBRO CUARTO

Socorros de abajo pueden ser socorros de arriba.

I.

Herida por fuera y curación por dentro.

La vida de ambos se iba haciendo así gradualmente sombría. Solo les quedaba una distraccion, que en otro tiempo constituyó su felicidad: llevar pan á los hambrientos y vestidos á los desnudos. En las visitas á los pobres, en las que Cosette acompañaba con frecuencia á Juan Valjean, encontraban algunos ratos de su antigua expansion; y á veces, el día en que habían socorrido muchas